



En Octubre de 1911 la Asociación Católica Nacional de Jóvenes propagandistas adquiere el diario *El Debate*. La foto corresponde a la primera imposición de insignias de la Asociación, el 3 de diciembre de 1909, en la Iglesia de la Inmaculada y San Pedro Claver de Madrid. En la fotografía posan los fundadores, entre ellos el futuro director de *El Debate* el abogado Ángel Herrera Oria, sentado, tercero por la izquierda y, en el centro, el padre jesuita Ángel Ayala. *Archivo ACdP*.

Es en los comienzos de aquella turbulenta centuria donde hay que situar el nacimiento de una organización religiosa que iba a desempeñar un papel fundamental en su afán de dar un nuevo impulso a la Iglesia española. Fue el jesuita Ángel Ayala, durante mucho tiempo director de la Congregación de los Luises y del Colegio de la Compañía en la calle Areneros de Madrid, el que vio clara la necesidad de seleccionar a los más valerosos muchachos de poco más de veinte años que se formaban en aquella para imbuirles una piedad que se elevara sobre la mediocridad reinante y lanzarles a dar testimonio de su fe, promoviendo actuaciones públicas que mostraran a la sociedad la línea que merecía ser seguida y oponiéndose, si preciso fuera, a las políticas sectarias o mal encaminadas.

Surge de esta manera en 1909 la Asociación Católica Nacional de Jóvenes Propagandistas, con apenas docena y media de miembros, que desde el primer instante toma una actitud decidida, sin miedos ni apatía, en el seguimiento de las directrices que les han marcado y que ellos se han comprometido a cumplir. En adelante, el perfeccionamiento espiritual será su meta; la oración, el instrumento para acercarse a Dios, y la movilización de los cristianos constituirá la más preclara demostración de sus convicciones. Tareas que se realizan sin solución de continuidad: unas ante el sagrario y otras en las plazas públicas, allá donde hasta entonces no osaban asomarse, porque eran los adversarios quienes las monopolizaban a su antojo y los creyentes no disponían del coraje suficiente para presentarse a pecho descubierto.

El P. Ayala sigue las indicaciones del Nuncio, monseñor Vico, y emprende la tarea señalada para la *formación de selectos*, volcándose en marcarles con una serie de cualidades que les hagan sobresalir sobre los meramente piadosos. Están destinados a propagar las ideas sociales y religiosas que el pueblo español está necesitando recibir, porque anda desperdigado y flojo, sacudido por mil tempestades y poco entusiasta en el mantenimiento y defensa de sus ideas. Por eso es necesario sacudir su modorra y darle confianza en si mismo: hacerle ver que sus creencias no son una rémora ni una pesada herencia del pasado, sino algo vivo e ilusionante, merecedoras de ser seguidas con ánimo, ansia de compartirlo y afán de transformar la sociedad.

Tal vez necesiten el impulso de unos dirigentes, y si estos son jóvenes y decididos, que no dudan en ofrecer su rostro ante las multitudes, podrán contagiarles de su espíritu. Claro está que para ello hay que comenzar por formar a quienes tienen que obrar como levadura en medio de la masa. Ejercitarles en la dialéctica, enseñarles cómo deben actuar en las discusiones, en la exposición de sus ideas, en los mítines. Todo tiene su técnica y hay que ser receptivos para aprender a manejarse en las tribunas, sobre todo cuando no se parte de una tradición ni de una formación remota. Este fue el comienzo práctico que el P. Ayala se esforzó en inculcar a tales jóvenes y la verdad es que tuvo la suerte de dar con corazones abiertos y mentes receptivas, dispuestos a empaparse de lo que sabían que les podía servir para el apostolado. Su enseñanza puede parecer muy elemental, pero pronto

se constataba que era tremendamente eficaz. Para él, “sobran palabras, sobran ideas y falta pedagogía. Se oyen voces, se declama y no se enseña (...). El pueblo necesita otra cosa muy diversa: cuatro verdades de a puño, que se queden en las cabezas. Esta sola siembra de ideas es de una trascendencia grande, ya que el pueblo ignora las verdades más elementales y cree los mayores absurdos” (1999: 269).

Aquel aprendizaje había que plasmarlo en una demostración de cara al público y eso es lo que empezarán a realizar casi desde el primer momento. Apenas han pasado unos meses de intenso adoctrinamiento cuando el 25 de marzo de 1909 ofrecen el primer mítin de su historia, que tiene lugar en el teatro del Círculo Católico de Ciudad Real en un ambiente entusiasta, tanto por parte de quienes han llegado desde Madrid como de los que se han acercado para ver lo que les podían enseñar aquellos muchachos. La satisfacción es evidente por las dos partes, ya que aquellos no se creían que pudieran actuar con la soltura y confianza con que lo hicieron, mientras que los segundos se fueron rindiendo con admiración ante palabras que no se esperaban que fueran tan rigurosas, animadoras e ilusionantes. Ya no se pararán, porque en los meses siguientes proseguirán con sus mítines, algunos multitudinarios, en plazas que aspiran a conquistar, como Badajoz, Toledo, Granada, Sevilla o Jerez de la Frontera.



Los propagandistas recorrieron toda España para ofrecer el servicio de su palabra estimulante y enervadora.

En la foto, del archivo de la ACdP, Ángel Herrera pronuncia un discurso en un teatro. *Archivo ACdP.*



Esta primera etapa concluirá con la presentación en Madrid, el 2 de febrero de 1910 en el frontón Jai Alai. Como las giras de los artistas, comienzan sus “bolos” en lugares alejados para ir tomando confianza en su capacidad de expresarse y de contactar con el público, hasta que una vez seguros de sus capacidades se presentan ante los públicos más selectos y exigentes. Esta batalladora actividad no será clausurada con aquel brillante parlamento, porque la asociación continuará haciéndose presente durante años en teatros, locales públicos o plazas de toros siempre que vean necesario divulgar su pensamiento ante masas de cualquier punto de España. Y Herrera, sobre todo, realizará en los años siguientes prolongadas giras, que a veces suponían numerosas intervenciones en muy pocos días, unas veces ante públicos masivos y otras ante grupos minoritarios, que ansiaban escucharle.

Entre tanto ha tenido lugar el acto interno de carácter fundacional: el 3 de diciembre de 1909 se procederá a la imposición de insignias a los primeros propagandistas, aquel núcleo seleccionado y prometedor, convencido de que era mucho lo que podían aportar ante el estado en que se encontraba la Iglesia española y la sociedad en general (Ángel Herrera será su primer presidente). Había muchos carismas entre los cristianos, pero tal vez en aquellos momentos lo que se estaba precisando era ver cómo se lanzaban a conquistar la calle, mediante la palabra, un grupo de jóvenes seculares que no se ocultan por miedo ni callan por respeto humano. La propaganda



Una de las primeras salidas de los Propagandistas: Ángel Herrera con dos compañeros no identificados. *Archivo ACdP.*

es una incitación que ha sido adoptada por grupúsculos de diverso signo, algunos de los cuales destacan en su marcha en dirección contraria, pero razón de más para no ser ignorada por los cristianos. Era lo que en aquellos tiempos se estaba echando en falta y, si contemplamos el carácter de nuestra sociedad, apreciaremos hasta qué punto continúa siéndolo, situación ante la cual no siempre se ofrece una respuesta adecuada.

# Atrapar las palabras

**D**esde aquellos tímidos comienzos y en un plazo breve, van a cambiar muchas cosas que ya se daban por perdidas. La llama va a prender y eso llevará a que brille de lejos, desde muy pronto, la asociación de los Propagandistas. Con este afán y entrega comenzarán a tomar cuerpo sus obras, la primera de ellas consagrada a los medios de comunicación, porque no basta la palabra que se lanza al viento, sino que es indispensable que se asiente y cale a través de una lectura tranquila y perseverante. González Ruiz e Isidoro Martín advierten que “fue certera visión de Ángel Herrera, secundada fielmente por sus inmediatos colaboradores, advertir hasta qué punto resultaba indispensable un gran diario como apoyo de la obra, difusión y resonancia de ella y ayuda a una siembra eficaz. El mayor y más verdadero instrumento de propaganda es un gran diario. La propaganda oral es efímera, enardece para una acción momentánea, pero no forja convicciones. La tarea lenta y continua de convencer y atraer, de echar raíces en la opinión pública, no puede realizarla eficazmente más que un diario” (p. 52).



Lo contaba también *El Debate* en un número extraordinario: “La gran prensa no daba cuenta de sus actos. Comprendieron entonces los propagandistas que una actividad sin prensa es una triste energía muda y pensaron todavía inconcretamente en la fundación de un gran diario”. Solo hay que ver con qué rapidez y con qué ímpetu logran sus primeros frutos en este campo, puesto que en el transcurso de unas décadas se desplegó el papel mediador de dos diarios nacionales, pero también de otros regionales, más el resto de publicaciones que configuran todo el entramado mediático de la Editorial Católica.

El juicio del padre Ayala sobre aquella iniciativa (expresada varias décadas más tarde) era la siguiente: “No tratamos de hacer el elogio de la orientación de *El Debate*, ni de los Propagandistas. Este es un asunto en que cada cual puede tener la opinión que mejor en conciencia le parezca. Lo que tratamos es cosa muy diversa, a saber: el desarrollo del movimiento católico iniciado por unos muchachos que a partir de los mítines contra las escuelas laicas en que surgió, fue ensanchándose en círculos cada vez más extensos de propaganda” (1999: 298). Por supuesto ahí está el origen de lo que paulatinamente se convertirá en una obra granada y combativa. Las permanentes relaciones entre la realidad y su reflejo periodístico van a condicionarse mutuamente, como no podía ser menos: la situación política gravitará sobre los contenidos de los medios y las aportaciones de estos influirán también, aunque sea más débilmente de lo que presumimos los periodistas, sobre el desarrollo